

La rapidez y la acumulación de etapas sucesivas en la emancipación del Continente africano durante este año de 1960, no sólo transforman la contextura y el significado de sus países, sino que los acercan mucho más hacia el Sur de las naciones europeas occidentales. Si en lo referente a los territorios tropicales del Africa negra puede decirse que tienden a convertirse en un amplísimo *hinterland* meridional del mar Mediterráneo, mucho más mediterráneos y occidentales resultan ahora los territorios norteafricanos, que también se conocen como países del Atlas, «Africa del Norte», Berbería o Mágreb. El conjunto físico que componen Marruecos con Argelia, Túnez y parte de Libia, confirma ahora más que nunca su papel de doble gran puente. Por una parte los referidos países del Atlas están ensamblados con la masa del continente africano a través de la plataforma sahariana; pero en su orografía, producciones, climas, aspectos humanos prolongan de varios modos a las dos penínsulas ibérica e itálica, además de estar relacionadas con el montuoso sistema alpino de Europa central y centro-meridional. Por otra parte, es indudable que en lo cultural, lo políticos y otros diversos aspectos, Africa del Norte desempeña más bien el papel de un Extremo Oeste del mundo del Islam que tiene su cabecera en el Próximo Oriente. Así el mayor valor presente e inmediato del Norte de Africa es el de nexo entre continentes y mares, entre pueblos y civilizaciones.

Ahora bien, resulta que en todo el referido Próximo Oriente (y fuera de él, en todos los núcleos dispersos de gentes que hablan el árabe) se recuerda que en otros siglos el nombre de «Mágreb» o «Mághrib» designaba también la parte arabizada de España donde convivían varias culturas cristianas y musulmanas. Al lado del nombre clásico árabe de «Mághrib» y los de «magrebíes» o «magháriba» para sus habitantes, resultaron sinónimos en lengua castellana los de «tierra mora» y «moros». Como «moros» fueron conocidos durante varios cientos de años los españoles arabizados

de Toledo y Valencia, de Murcia y Granada, lo mismo que los habitantes de Túnez o de Fez. En las grandes ciudades islámicas del Oriente (incluso hasta Pakistán) quedan recuerdos vivos de muchos sabios «magrebies» (generalmente hispano-marroquíes) que allí vivieron y cuyas tumbas son aún objeto de especial respeto. España está así siempre espiritualmente presente dentro de todas las trayectorias, pasadas y presentes, de los contactos que desde Africa o desde el Islam asiático van y vienen hacia la Europa transpirenaica. Y esto es especialmente valioso en el terreno de las relaciones culturales.

Uno de los principales sectores iniciales de las modernas recopilaciones y revisiones en torno al valor del núcleo tradicional de lo magrebí, o hispano-norteafricano ha sido el de los hispanistas franceses. Dicho sector ha estado a su vez enlazado con el de aquellos pensadores del Levante árabe más unidos a la formación técnica francesa. Por ejemplo, desde El Cairo el famoso literato y erudito Dr. Taha Husain calificó hace tiempo a los factores esenciales de las síntesis medievales hechas por Andalucía y Egipto (entre lo cristiano y lo musulmán, lo arábigo y lo neo-latino). Dijo Taha Husain que Andalucía y Egipto fueron «suma de una visión clásica helénica del mundo; una organización política hecha por Roma utilizando varios elementos mediterráneos (incluso arábigos), y una esencia espiritual religiosa del cristianismo y el Islam». Fué muy curioso que tal teoría se produjese paralela a la que en lengua francesa hizo célebre Paul Valery afirmando que lo europeo era a la vez «el espíritu romano; orden y organización; el espíritu griego; razón y medida; el espíritu cristiano caridad, orden y belleza». Desde Marsella los pensadores del intelectualismo occitano, afirmaron luego que estas coincidencias se referían al fondo común que desde el Norte de Africa hasta las tierras provenzales tuvo su punto central en la cultura del Jalifato cordobés. Pero el punto esencial de la relación ha culminado en la paciente labor de toda la escuela de hispanistas franceses del Norte de Africa; con nombres tan destacados como los de Levi-Provençal, Henri Terrasse, Henri Perés, etc.

Momento esencial en la confluencia de las modernas corrientes culturales entre Europa y el arabismo fué en enero de 1958 el primer congreso árabe de la U. N. E. S. C. O. en Fez. Junto a los directivos de la U. N. E. S. C. O. asistieron las delegaciones de todos los Estados árabes, además de observadores técnicos de España, el Vaticano, Francia, Italia, Grecia, Turquía, etcétera. Marruecos fué entonces designado como sede de un centro permanente de coordinación del enlace cultural entre los países europeos y los

arábigos. A la vez un catedrático español quedó designado como presidente del Comité Asesor para favorecer la comprensión recíproca de valores culturales occidentales y del Oriente islámico.

El congreso de Fez sirvió de ocasión para que desde varios sectores intelectuales norteafricanos se divulgasen textos, explicando cómo España y Marruecos forman un pequeño mundo geográfico puesto entre los Pirineos y el desierto; un mundo con tantos elementos africanos como europeos, sudamericanos y del Mediterráneo oriental. Se proclamó que por su continuidad y su historia Marruecos y España son a la vez los intermediarios naturales de lo que el antiguo uso llamaba «Oriente» (o sea, el de Asia meridional), y el «Occidente» en su sentido europeo. Ha sido después desde entonces destacado repetidamente el interés de los factores que en la España moderna y el moderno Marruecos quedan como supervivencias de la civilización de «Al Andalus». Así restos de arquitectura y decoración, artesanía, música, factores literarios populares y costumbristas, agricultura, etcétera.

Posteriormente al congreso de Fez, han sido muchas las realizaciones culturales que se han desarrollado en un sentido hispano-arábigo más o menos directo. El año 1959 fué sobre todo la creación del centro superior universitario marroquí de estudios medios, con el nombre del sabio cordobés Averroes. El mismo año, y durante el segundo Curso Internacional de Música Española que se celebró en Santiago de Compostela, concurren los profesores marroquíes del Conservatorio de Tetuán para dar varios conciertos de música andaluza del siglo XI. En abril del corriente 1960 fué Tetuán sede de un cursillo sobre los filósofos árabes de Occidente. En este cursillo cooperaron eruditos de las universidades de Granada y Salamanca con los de Rabat y Fez. También en abril asistió un observador oficial marroquí al importante Congreso Lulístico que tuvo lugar en Palma de Mallorca. Durante mayo se desarrollaron en Fez las ceremonias del undécimo centenario de la Universidad Karayen o Caruín de Fez; con asistencia de delegaciones de cincuenta universidades de Africa y Europa, Asia y América. Continuada de las universidades hispano-árabes de Córdoba y Granada, en Caruín se enseñó siempre utilizando textos de clásicos andaluces.

Aparte de los aspectos tradicionales, tienden a exaltarse en los ambientes hispano-marroquíes otros que responden a novedades culturales muy recientes. De esto ha sido un ejemplo reciente la presentación del «Concierto marroquí», obra musical para guitarra y orquesta del compositor es-

pañol Díaz Cano, estrenada en Rabat con apoyo del marroquí Ministerio de Educación.

Como complemento indirecto del Congreso de la U. N. E. S. C. O. en Fez, pudo considerarse otra reunión que también bajo patronato de la U. N. E. S. C. O. tuvo lugar en Madrid, durante septiembre de 1959. Fué un coloquio que reunió a muchos de los más destacados profesores de Lengua y Literatura árabes en los principales centros universitarios de Francia, Inglaterra, Italia, Norteamérica, Alemania y Holanda, juntos con otros de España, de Marruecos y de la República Árabe Unida. El coloquio se debió a la iniciativa del Director del Instituto de Estudios Islámicos de Madrid, y se celebró en la Sede de dicho Instituto. El tema fué «Enseñanza de la lengua árabe a los no árabes» sobre el cual se trazaron algunas líneas directrices cuidadosamente objetivas. Hubo una cooperación efectiva de los organismos técnicos españoles, tales como el Instituto Miguel Asín (del Consejo Superior de Investigaciones) y el Instituto Hispano Árabe de Cultura (dependiente de la Dirección General de Relaciones Culturales en el español ministerio de Asuntos Exteriores).

Las conversaciones y discusiones del coloquio técnico de sabios arabistas pusieron varias veces de relieve la importancia de los factores españoles. Por ejemplo, se demostró la importancia que para la necesaria confección de los diccionarios árabes completos y perfectos tienen los millones de arabismos incluidos en el idioma castellano. También se analizó el hecho de que (a pesar de su estructura predominante latina) las formas del uso en la fisonomía del idioma español siguen siendo semejantes a los del idioma árabe. Por ejemplo, la tendencia a que el verbo ocupe un primer lugar en las oraciones, logrando efectos de mayor viveza, y las frecuentes sustantivaciones de otros verbos.

Al margen de las deliberaciones técnicas se han venido poniendo de relieve otros puntos de interés en enlaces de estudios modernos. Resulta muy curioso observar cómo bastantes de los estudiantes de diversos países europeos y americanos que a Madrid llegan para ampliar sus conocimientos de lengua española, y letras, artes u otras materias, una vez aquí se dedican también al conocimiento del árabe o a temas relacionados con otros estudios de orientalismo. Así concurren alumnos de varias nacionalidades a los estudios semíticos de la española Facultad de Filosofía y Letras, o a los estudios de árabe hablado que se cursan en el Instituto de Estudios Islámicos. Este Instituto, que funciona desde el año 1950 cerca de los edificios madrileños del Consejo Superior de Invesigaciones Científicas, cumple funciones

de divulgación de conocimientos árabes modernos; orienta las investigaciones de los eruditos islámicos en los sectores documentales de España; sirve de cabecera a una misión cultural; promueve el intercambio de especialistas; y es, sobre todo, un enlace esencial de la labor de las universidades españolas con las de El Cairo, Damasco, Alejandría y Suiza.

Funciones en parte análogas referentes a algunos aspectos de intercambios de profesores, alumnos becarios, conferenciantes, exposiciones artísticas y servicios bibliográficos, realiza desde el sector oficial español el Instituto Hispano-Árabe de Cultura. Hay, sin embargo, otros sectores a los cuales se extienden las actividades de dicho Instituto Hispano-Árabe de Cultura. Dependiendo administrativamente de la Dirección General de Relaciones Culturales en el ministerio de Asuntos Exteriores, este centro se ocupa en primer término de aquellas cuestiones de intercambios que tienen carácter internacional. Pero al mismo tiempo es el organismo ejecutivo y técnico de la referida Dirección General, de la cual dependen diversos centros culturales españoles existentes en varias capitales de Estados árabes en Próximo Oriente y el Norte de África. En lo referente a la ciencia española, el Instituto Hispano-Árabe de Cultura es el sitio de confluencia y colaboración amistosa entre los especialistas españoles orientales, que allí celebran cada año en diciembre una amistosa reunión de concentración. No sólo para los arabistas propiamente dichos, sino para los ocupados de otros estudios semíticos, islámicos, turcos, pakistanos, etcétera.

En el centro de todos los sectores correspondientes a las diversas preocupaciones españolas por contactos con los países próximo-orientales y los del continente africano, figura siempre Marruecos. Tanto las posibilidades generales ya señaladas respecto a la continuación del papel común de puente cultural desde el Islam y África hacia lo europeo continental; como los enlaces locales de contigüidad, dan a lo hispano-marroquí un papel preferente. Después de que en la declaración común hispano-marroquí del 7 de abril de 1956 fué reconocida la nueva independencia del reino del Magreb y su plena soberanía, el Convenio Cultural que fué firmado el 7 de julio de 1957, establecía una serie de nuevos modos de cooperación escolar y de intercambios superiores en territorio marroquí.

La citada Dirección General de Relaciones Culturales es el departamento oficial español que se encarga de dirigir la acción cultural de España en Marruecos. Desde 1959, dicha Dirección General ha puesto en marcha un

plan muy variado de obras diversas, entre las cuales vienen teniendo preferencia las construcciones escolares. De ellas, las principales en los grupos escolares de Tetuán y Casablanca, más las transformaciones para escuelas de edificios antes destinados a otros usos en Arcila, Larache, Targuist, etcétera. Son también muy importantes las constituciones de bibliotecas públicas españolas; envío de grandes cantidades de libros a las ya existentes; envíos de conferenciantes; de concertistas; de espectáculos teatrales y cinematográficos, españoles a las grandes ciudades marroquíes. También las subvenciones a artistas marroquíes para actuar en España, y a grupos de estudiantes marroquíes en viajes colectivos de estudios a través de España.

La mayor importancia del conjunto y el detalle de las diversas obras culturales españolas en relación con Marruecos no consisten en las cifras ni en las formas, sino en el espíritu. En algunos textos publicados en boletines informativos oficiales de origen marroquí se ha escrito: «Queda demostrada la realidad de que en las relaciones hispano-marroquíes los valores de la cultura siempre se apoyan en el fondo más duradero y natural. Las contingencias variables de los episodios optimistas o pesimistas que vayan transcurriendo no pueden borrar nunca la realidad geográfica e histórica de que en los espacios del mundo, Marruecos y España ocupan posiciones terrestres y espirituales idénticas.»

Sobre el contenido y el estilo de la enseñanza española dada para los marroquíes, tanto en su país como en la península, se ha citado varias veces un ejemplo de la concentración que el 1959 celebraron en Casablanca los sanitarios españoles que ejercen en Africa del Norte. Allí fué un médico marroquí, el doctor Homan, quien haciéndose portavoz de un general sentir, dijo: «Los médicos marroquíes, al igual que los ingenieros, técnicos y letrados formados en España, estamos orgullosos de nuestra cultura española; llevamos en nuestro corazón al país que nos acogió y donde nunca observamos la menor diferencia entre un español y un marroquí.»

El sentido del contenido de los conocimientos y el trato, tanto respecto a la formación profesional como a la cordialidad privada, obra naturalmente al presentarse los valores hispano-marroquíes ante otras naciones. Refiriéndose al Próximo Oriente u Oriente Medio ha de insistirse en recordar la realidad de que allí sigue la propensión a considerar y admirar en España, ante todo lo que en otros siglos hizo de ella la cabecera política y cultural del Mágreb u Occidente árabe-islámico. Pero aunque en senti-

dos más indirectos la tradición medieval de la cultura hispano-arábiga es también un principio activo en otros países. Sobre todo en Hispanoamérica.

Hace pocos meses que en la República del Salvador presentó sus credenciales como Embajador Extraordinario del Reino de Marruecos el señor Mehdi Ben Abbud (que es al mismo tiempo delegado de su país ante las Naciones Unidas). El señor Ben Abbud declaró que el rey Mohamed V y su pueblo deseaban profundamente estrechar los lazos de amistad y cooperación con Salvador y demás países hispanos de América Central, «conforme al sentido progresivo y al espíritu humanitario de ambas civilizaciones herederas de una cultura común, la hispanoárabe».

Las declaraciones del representante marroquí en San Salvador y Nueva York respondían a una trayectoria general marcada por Mohamed V desde febrero de 1952. Recibiendo entonces en su palacio de Rabat a un conjunto de delegados de países hispánicos en la O. N. U. les dijo que al visitar Marruecos podían considerarse en país propio, puesto que unos y otros estaban igualmente hermanados a través de España.

En general, tanto las orientaciones hacia los países hispánicos de Ultramar, como otras que paralelamente se inician desde Marruecos hacia el Africa negra, responden a una nueva tendencia de utilizar para Marruecos posiciones geográficas de encaramiento con el Atlántico. Estas orientaciones resultan bastante lógicas cuando se recuerda que el Océano Atlántico recibió este nombre de las marroquíes cordilleras del Atlas. Ahora los gobernantes de Rabat han emprendido el envío de misiones económicas que recorren a la vez los países de Hispanoamérica y Africa Occidental. Estas delegaciones comprenden representantes de los Ministerios directamente interesados, y se proponen reunir los elementos necesarios para llevar a cabo una serie de acuerdos sobre intercambios comerciales y culturales.

La cultura es precisamente el factor que actualmente pega más en las irradiaciones marroquíes sobre algunos países negros; especialmente los que cuentan con grandes núcleos de habitantes musulmanes. Entre junio y julio del corriente año visitó Rabat una delegación de profesores procedentes de los centros educativos en la República del Malí. El presidente de dicha comisión expresó el deseo de que los musulmanes del Senegal, el Sudán Occidental, el Níger y otros países en torno puedan obtener orientaciones y cooperaciones de Marruecos en lo relativo a los estudios árabigos e islámicos. Para esto proyectan especialmente el envío de estudiantes negros a la Universidad Caruín de Fez, «en vista de su prestigio milenario».

Es un prestigio en el cual sigue obrando como un factor poderoso el carácter que Caruín conserva de heredera de las universidades españolas medievales.

Estos expansionismos culturales actuales vuelven a valorizar el antecedente de que también en la Edad Media fueron los marroquíes, junto con algunos andaluces, quienes hicieron en Tumbuctú el primer núcleo de civilización urbana y centros científicos que existió en toda Africa negra tropical. En Tumbuctú estuvo también aquel granadino conocido con el sobrenombre de «León el africano», que el año 1525 publicó en Roma su famoso libro «Descripción de Africa y de las cosas que en ella se encuentran». Fué la primera obra en la cual se dió a conocer en Europa Occidental la idea de conjunto de lo que hasta entonces había sido un continente misterioso. Por «León el africano» (lo mismo que por los españoles y marroquíes que poseyeron un dominio en Sudán desde 1590 hasta 1661) España y Marruecos estuvieron en Africa negra antes que nadie. Lo mismo pudo decirse de Portugal desde sus grandes descubrimientos marítimos litorales. Fueron tres países que habían sido casi uno solo, siglos atrás. Y en el año 1960, en el cual casi todas las zonas negras africanas van logrando de prisa sus independencias, las acciones de los dos modernos Estados español y portugués ofrecen muchos ejemplos de generosas espiritualidades. Sin olvidar que, físicamente, las dos naciones modernas de la Península Ibérica tienen un valor único de entrecruce de lo africano y lo europeo, en una época en que la cooperación de los dos sectores puede servir al equilibrio y el deseo de paz universal.

RODOLFO GIL BENUMEYA.